

Dejemos en buena hora que nuestros enemigos invisibles se reconcentren en su misma altanería; para vencerlos no es menester mas que orar: ocurramos á Dios que se deja hallar á todas horas y en todo lugar, y que escucha al mas pequeño como al mas grande: tanto atiende al idiota como al sabio é ilustrado; y le oye y asiste si su oracion es sincera, fervorosa y humilde. Para desecharla era preciso que tuviera menos bondad ó menos poder del que tiene. En esta confianza nos dirigimos á él en nuestras necesidades; porque estamos persuadidos de que su poder no tiene límites, y que su liberalidad es infinita; esta fé, esta confianza son las que hacen que nos oiga. Orar á Dios es darle la mas grande honra que puede recibir de nuestra parte, es dar á la grandeza y á la bondad de su ser el testimonio mas ventajoso de que somos capaces. Hé aquí el verdadero origen y causa de la eficacia de la oracion. Por este motivo se compara al sacrificio por el cual se reconoce la soberana magestad, la bondad infinita, la grandeza sin limites y la omnipotencia de Dios.

¿De dónde, pues, nace, ó cuál es la causa de que no sean oidas todas nuestras oraciones? De qué oramos mal, y ni aun pensamos que oramos: así lo manifiestan el poco respeto, la ninguna atencion, y tal vez el modo indecente con que estamos en la oracion, como si no fuera Dios con quien hablamos en ella. No acusemos al Señor de que estrecha sus promesas y encarece sus favores: nuestros motivos, nuestras disposiciones, nuestra poca religion cuando oramos, lo obligan, por decirlo así, á que no nos oiga. La oracion pide un espíritu humilde y respetuoso como el de la cananea: *Señor, Hijo de David, ten de mí misericordia...* Señor, *socórreme...* tambien los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus dueños. No hay quien no sea cortés, humilde cuando suplica á los hombres; solo cuando se ora á Dios parece hay derecho para dispensarse de estas obligaciones esenciales. Esas posturas acomodadas é indecentes; ese tono vano, inmodesto y tan poco cristiano; esa dispacion, esa distraccion, ese disgusto y esos tedios de que van acompañadas nuestras oraciones; ¡serán indicios de un corazon humilde, religioso, lleno de Dios? ¡Queremos que Dios nos oiga, cuando ni nosotros mismos nos oimos: que atienda á nuestras oraciones, cuando ni nosotros atendemos á ellas: que otorgue lo que ni sabemos pedirle? Honramos á Dios con los labios; pero nuestro corazon está de él muy distante. Decimos las oraciones; pero no

oramos: esa precipitacion con que se reza, esas distracciones no impedidas, antes bien procuradas, ¡denotan por ventura un gran respeto, un gran fondo de religion, una fé viva? ¡Cómo queremos, pues, que Dios nos conceda lo que le pedimos? A esto se agrega que nuestra oracion solo es de cuando en cuando: Dios quiere que oremos con perseverancia, que le instemos, que le importunemos. ¡Pero qué alientos hemos de tener cuando somos demasiado flojos y tibios en su servicio! Sean nuestras oraciones cristianas, y sin duda serémos oidos.

Viérnes de la primera semana de Cuaresma.

Todos los oficios de Cuaresma se dirigen á inspirarnos una gran compuncion de corazon, una viva confianza en la misericordia de Dios, y á enseñarnos á orar con humildad, con fervor y con perseverancia. El introito de la misa de este dia es una breve oracion que encierra mucho espíritu y que debería sernos frecuente. Está tomado del salmo XXIV, el cual es una oracion de las mas devotas y mas propias que se pueden hacer á Dios para alcanzar el perdón de los pecados: *Señor, dice el Profeta, no aguardéis mas tiempo á librarme de mis penas: considerad mi abatimiento, y los males que padezco: haced que á lo menos pueda yo con ellos satisfaceros por los pecados que he cometido.* Este salmo tambien fué compuesto en el tiempo de la rebelion de Absalon. El es una afectuosa oracion de un hombre afligido y oprimido de la tristeza, con el corazon quebrantado de dolor, y que recurre á Dios lleno de confianza en su misericordia.

La Epístola de la misa es una continuacion de la del dia antecedente. El Profeta Ezequiel nos repite la misma verdad, es á saber, que cada uno pagará la pena de su pecado, y que ninguno será castigado por otro. El hijo no llevará la iniquidad del padre, ni el padre la del hijo. En efecto, Dios á nadie ha imputado jamas los pecados ajenos; es demasiado justo, demasiado misericordioso para reprobar á una alma inocente. Si nosotros pagamos la pena del pecado original, es porque este pecado es verdaderamente nuestro. Y si algunas veces permite que el inocente padezca en este mundo con el culpable, y sea envuelto en el mismo castigo, este azote es en los de-

signios de Dios una prueba, que puede ser un manantial de bienes para el hombre inocente, y no una pena para castigar á un culpable. Los azotes con que Dios aflige á los justos juntamente con los malos, mas bien son favores, que efectos de su venganza. Las cruces y las adversidades en el cristianismo, son beneficios, no castigos. No sucedía lo mismo en la antigua ley, á lo ménos segun la idea y el juicio del pueblo. Los judíos no podían mirar las penas de esta vida, sino como verdaderos males; y como todo mal es una pena del pecado, inferían de aquí, que si ellos no habían merecido las penas que padecían, las padecían en castigo de los pecados de sus padres, de donde nacía, que en sus oraciones pedían á Dios perdon, no solo de los pecados propios sino tambien de los de sus padres. Yo os suplico, Señor, decía Daniel, que desviéis vuestro enojo, vuestra indignación, de vuestra ciudad. ¿Por qué Jerusalem y vuestro pueblo son el dia de hoy el oprobio de todas las naciones que nos rodean? Por motivo de nuestros pecados y de los de nuestros padres. *¿Por ventura me complazco yo, dice el Señor, con la muerte del impío?* Dios quiere sinceramente la conversion del pecador y no su muerte: Dios quiere que nos salvemos, y no que nos condenemos. ¿De cuánto consuelo es este artículo de nuestra fé! ¡Pero qué afliccion no causará esta verdad á los que se condenen! No hay un condenado que no se haya él mismo labrado su reprobacion. Ved aquí la conducta que yo observo, dice el Señor, en la economía de la salvacion de los hombres: Deseo que todos se salven, y así doy mi gracia á todos. Si el justo sin embargo de todos mis auxilios, pierde su justicia y muere en su pecado, me olvidaré para siempre de todas las buenas obras que hizo, y será condenado; y si el pecador se convierte de buena fé, hace penitencia y muere en estado de gracia, no le perjudicarán sus iniquidades pasadas, y se salvará. Despues de eso, álce el Señor, decid que mis caminos no son justos y que los vuestros no son perversos.

El Evangelio de este dia no está ménos lleno de instrucciones y de consuelo. Despues de haber predicado Jesucristo y hecho muchos milagros en las ciudades y en las aldeas, se fué á Jerusalem, á tiempo que se celebraba la fiesta de los judíos. Se cree que esta fiesta era la de las Suertes, que se celebraba á catorce del mes Adar, que era el último mes del año de los judíos. Había en Jerusalem una piscina, llamada en griego *Probática*, esto es, piscina para las reses; y en hebreo Bethsaida, que quiere decir, casa de misericordia.

Esta piscina era un estanque grande, junto á una puerta de Jerusalem por donde entraban los ganados, y en el cual, segun San Gerónimo, se lavaban los intestinos de los animales que se sacrificaban en el templo. Al derredor de esta piscina habia cinco pórticos ó galerías donde en todo tiempo habia un gran número de enfermos, muchos ciegos, cojos, paralíticos, tendidos en sus camillas ó carretones, los cuales todos estaban aguardando que el agua fuese movida por un ángel, el que no dejaba de bajar á esta piscina á cierto tiempo á menear el agua; y entonces aquel enfermo que se arrojava el primero á ella, infaliblemente sanaba de cualquier enfermedad que tuviese: habia mucho tiempo que todo el mundo era testigo de este prodigio. El Salvador fué á visitar este hospital; y entre un gran número de enfermos, advirtió á un paralítico, que habia treinta y ocho años que estaba en una camilla sin poderse mover. El Hijo de Dios se le acercó, y le preguntó si queria sanar. Esta pregunta parecia inútil; mas el Salvador queria enseñarnos que quiere ser rogado, y que la curacion del pecador siempre es voluntaria, aunque sea siempre efecto de su pura bondad. El enfermo que conocia la omnipotencia del que hablaba, respondió que deseaba con ansia su salud mucho tiempo habia; pero que no habia hallado quien lo arrojase á la piscina al tiempo que se movia el agua, y que por mas que él se esforzase, siempre era prevenido por algun otro. "Levántate, le dijo Jesus, toma tu lecho y vete." Entónces el paralítico, viéndose curado se levantó, cargó su camilla sobre sus espaldas y se fué, con gran pasmo de los circunstantes.

Este milagro que era una prueba sensible de la bondad del Salvador y de su poder, fué al punto censurado por los judíos como una profanacion y un quebrantamiento de la ley, porque habia sido obrado en dia de Sábado. Bajo esta falsa apariencia de piedad con que coloreaban ordinariamente su odio y su envidia, inquietaron al paralítico con el motivo de su curacion, y le hicieron un delito de su obediencia: verdadero carácter del falso zelo, escrupulosos hasta el exceso sobre las observancias exteriores de la ley, al paso que fomenta en el corazon las mas criminales pasiones y alimenta un odio mortal. El Hijo de Dios, dice San Mateo, es Señor del Sábado, y tocaba á la sabiduría del Salvador, dice el abad Ruperto, hacer que sus milagros, que eran una prueba de su divinidad, fuesen conocidos en Jerusalem de un gran número de personas: y este sin duda es el motivo porque el Salvador los hacia por lo comun en Sábado.

Aunque los judíos querían saber quién era el autor del milagro, no era porque quisiesen convertirse. Del mismo modo los herejes no han querido reconocer la verdadera Iglesia, aunque no hayan ignorado los grandes milagros que muchos de sus hijos han hecho. Viendo el Salvador el abuso que hacían los judíos de una maravilla tan capaz de convertirlos, se retiró de la muchedumbre. Así lo hace Dios frecuentemente cuando se abusa de sus más grandes gracias. ¿Qué castigo, Señor, es este funesto abandono! Jesucristo, que no curó el cuerpo sino para curar el alma, habiendo encontrado después á este hombre en el templo, le dijo: Advierte que ya estás curado; cuidado con pecar en adelante, no sea que te suceda alguna cosa peor. Este hombre reconoció entónces á su bienhechor; y queriendo que fuese conocido y honrado de todo el pueblo, fué á decir á los judíos que Jesucristo era quien lo había sanado. ¡Mas qué honra podía esperar Jesucristo de los que ya formaban un poderoso partido para perderlo?

La Epístola es del capítulo XVIII del Profeta Ezequiel.

Esto dice el Señor Dios: El alma que pecare, esa morirá: no pagará el hijo la maldad de su padre, ni el padre la maldad de su hijo: la justicia del justo sobre él recaerá, y la impiedad del impío sobre el impío caerá. Pero si el impío hiciere penitencia de todos sus pecados que ha cometido, y observare todos mis preceptos, y obrare según derecho y justicia, tendrá vida verdadera y no morirá. De todas cuantas maldades haya él cometido, yo no me acordaré más. Él hallará vida en la virtud que ha practicado. ¿Acaso quiero yo la muerte del impío, dice el Señor Dios, y no antes bien que se convierta de su mal proceder, y viva? Pero si el justo se desviare de su justicia y cometiere la maldad según las abominaciones que suele hacer el impío, ¿por ventura tendrá él vida? Todas cuantas obras buenas había él hecho; se echarán en olvido: por la prevaricación en que ha caído, y por el pecado que ha cometido, por eso morirá. Y vosotros habeis dicho: La conducta que observa el Señor no es justa. Escuchad, pues, oh hijos de Israel! ¿Acaso es el proceder mío el que no es justo, y no son más bien perversos vuestros procederés? Porque cuando el justo se desviare de su justicia y pecare, por ello morirá: morirá por la injusticia que obró. Y si el impío se apartare de la impiedad que obró, y procediere con rectitud y

justicia, dará él mismo la vida á su alma: porque si él entra otra vez en sí mismo, y se aparta de todas las iniquidades que ha cometido tendrá verdadera vida, y no morirá, dice el Señor omnipotente.

El Evangelio es del capítulo V de San Juan.

En aquel tiempo: Siendo la fiesta de los judíos, partió Jesús á Jerusalem. Hay en Jerusalem una piscina, dicha de las Ovejas, llamada en hebreo Betsaida, la cual tiene cinco pórticos. En ellos, pues, yacía una gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, aguardando el movimiento de las aguas. Pues un ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo á la piscina, se agitaba el agua. Y el primero que después de movida el agua entraba en la piscina, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese. Allí estaba un hombre, que treinta y ocho años hacia que se hallaba enfermo. Como Jesús le viese tendido, y conociese ser de edad avanzada, dícele: ¿Quieres ser curado? Señor, respondió el doliente, no tengo una persona que me meta en la piscina así que la agua está agitada: por lo cual mientras yo voy, ya otro ha bajado ántes. Dícele Jesús: Levántate: coge tu camilla, y anda. De repente se halló sano este hombre, y cogió su camilla, é iba caminando. Era aquel un día de sábado. Por lo que decían los judíos al que había sido curado. Hoy es sábado: no te es lícito llevar la camilla. Respondióle: El que me ha curado, ese mismo me ha dicho: Toma tu camilla, y anda. Preguntáronle entónces: ¿Quién es ese hombre que te ha dicho: Toma tu camilla y anda? Mas el que había sido curado no sabía quién era: porque Jesús lo había retirado del tropel de gentes que allí había. Hallóle después Jesús en el templo, y le dijo: Bien ves como has quedado curado: no peques pues en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor. Aquel hombre fué y declaró á los judíos, que Jesús era quien lo había curado.

MEDITACION.

Sobre la misericordia de Dios para con los hombres.

Considera que cuanto mayor es la indigencia del hombre, mas resplandece la liberalidad de Dios que lo socorre, empleando su providencia en aliviar su miseria. Buena prueba es de esto el paralítico de la piscina, cuya milagrosa curacion se lee en el Evangelio de esta feria. Treinta y ocho años llevaba de estar en la Probática

piscina esperando el movimiento de las aguas, que en efecto se verificaba por el ángel á los tiempos señalados; pero de que él no podía aprovecharse por falta de un hombre que lo metiese en la piscina ántes que otro descendiese y le arrebatase la gracia de la curacion milagrosa, como le habia acaecido en el largo espacio que contaba de estar en aquel sitio. No podia, pues, ser mas lastimosa su situacion: faltar de accion para moverse por sí solo, y destituido de socorro humano, él pasaba sus tristes dias á la vista de aquella piscina de salud, como el navegante que detenido por los vientos de tierra, no logra fondear en el puerto de salvamento que tiene á la vista, y teme perecer de un momento á otro sin lograr poner el pié en la playa apetecida. Tal era la situacion del desgraciado paralítico, cuando el Hijo de Dios se le presenta, y compadecido de él lo cura en un instante con la omnipotencia y soberanía de su palabra. ¡Habrà rasgo que nos descubra mejor la misericordia de un Dios tierno y compasivo, que visita á un misero doliente para sacarlo del profundo de la desgracia al colmo de la felicidad? Pues tal es la que ejerce con nosotros todos los dias y en todas nuestras necesidades, aunque no lo conozcamos. Pero ¡oh dolor! que siendo semejante la gracia que nos concede en uno ú otro género de males de que nos liberta, no obtiene de nosotros la gratitud que le debemos. El paralítico fué agradecido á su divino benefactor, le atribuyó la gloria de su curacion y publicó el beneficio recibido, con bendiciones y alabanzas. Pero nosotros, ingratos al bien que Dios nos hace, le recibimos como debido á nuestro mérito, y desconociendo á su Autor beneficentísimo, lo atribuimos á los medios humanos, á nuestra industria, ó á lo que el mundo llama casualidad ó fortuna.

Considera que si en la curacion de un enfermo que es libertado de un mal puramente corporal, resplandece tanto la divina clemencia, mucho mas brilla y se deja conocer en el remedio espiritual de las almas. El pasaje que se nos refiere en este Evangelio es un anuncio y una figura al mismo tiempo, de la justificacion de las almas por el sacramento de la penitencia: en la parálisis se denota el pecado: en la necesidad del hombre que conduxese al enfermo á la piscina y del ángel que moviese las aguas, la de la inspiracion divina, y la del ministro que dispensa el sacramento: en el descenso á la piscina y verificativo de la curacion, la justificacion misma del hombre por el medio ordinario de la confesion: en esto mismo y en el imperio de la voz de Cristo, la potestad divina que desata las li-

gaduras del pecado. Mas este hombre fué curado por un medio extraordinario y milagroso, á sola la omnipotencia de la voz de Cristo, y en esto mismo se descubre otro misterio, á saber, que de tal modo ejerce el Señor su misericordia con nosotros, que cuando por una imposibilidad absoluta nos vemos privados del sacramento de la penitencia, nos puede perdonar y nos perdona en efecto por medio de la contricion verdadera que justifica al hombre, aun sin el sacramento. Lo que si no nos dispensa el Señor, ni nos puede dispensar, es, de aquella condicion que exigió al paralítico cuando le preguntó si queria sanar: la voluntad de sanar es indispensable para que sea verdadera la conversion y legítima la penitencia. Tambien lo fué la de la accion de levantarse el paralítico, cargar su lecho y andar; pues en ello se nos denota el esfuerzo que debemos hacer para salir de nuestro entorpecimiento, quitar de delante el lecho fúnesto de la culpa, sin dejar por esto de llevarlo en la memoria para excitarnos á la humildad y á la penitencia; y finalmente, andar en los caminos del Señor por la mudanza de la vida, que si ántes era de iniquidad y de pecado, ya debe ser de gracia y de virtud.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Las reflexiones que acabo de hacer sobre este pasaje importantísimo, deben inducirme al propósito de evitar cuidadosamente todo lo que puede hacerme caer en la parálisis del alma, mucho mas funesta y tormentosa que la del cuerpo miserable; mas si por desgracia me encuentro en esta situacion fatal, las mismas reflexiones me hacen conocer los medios ordinarios y extraordinarios por donde puedo alcanzar la salud de mi alma; debiendo tener bien presentes las condiciones que se me exigen para lograr aquel bien inestimable, así como el conocimiento de la misericordia de un Dios que no se desdeña de visitarnos en nuestra penosa enfermedad, para librarnos de ella. Sea así, Dios mio, que siempre me visites con tu gracia, para hacerme feliz eternamente.

JACULATORIA.

Decid á mi alma que vos sois su salud, ¡oh Señor!

LECCION.

Sobre la esperanza: la cual debe ser en Dios y no en los hombres.

Poco ó nada hay que contar con el valimiento de los hombres; caduco apoyo, fundamento débil, prenda frívola y vana. Ninguna cosa es capaz de fijar la ligereza de su corazón, su versatilidad, su ridiculez, su inconstancia, las protestas mas sinceras de amistad, las ofertas ménos fingidas de servicios, las obligaciones mas seguras; todo, todo se disipa al menor viento, todo se desvanece á la primera apariencia: ¡desgraciado el que cuenta con estos fundamentos! No hay cosa que mas á menudo, ni mas prontamente se mude, que el corazón humano: de aquí nace la inconstancia de nuestros sentimientos, de nuestras acciones y aun de nuestros juicios y de nuestra estimacion. Como el amor propio y las pasiones son su principal resorte, no debe admirarnos que nuestra conducta siga sus caprichos. No hay que fiarse, ni en las alabanzas ni en la estimacion, ni en la proteccion, ni en el amor, aun cuando se funden en nuestra virtud, en nuestras bellas cualidades, y en nuestro mérito. Muy exacto es todo esto, pues basta un espíritu de partido, un mal suceso, un nuevo interes, para debilitar todos estos apoyos, para romper todos estos nudos, para hacer que desaparezcan todas esas muestras de benevolencia. ¿Pero cómo es eso, si nuestra virtud persevera, si nuestras bellas cualidades subsisten, si nuestro mérito no se ha extinguido? Es verdad; pero los resortes se han mudado, los pesos se han alterado; ya no es la misma mano la que tiene la balanza; un nuevo sistema de cosas ha hecho mudar las ideas, nuevos motivos han hecho mudar los sentimientos: basta una ligera envidia, un terror infundado, una nueva pasion, para hacer que aparezca una nueva faz de cosas. Desconfian de nuestra virtud porque es demasiado austera; la estiman, pero la temen: nos creen opuestos á sus intereses particulares, y nos tienen por unos censores demasiado perspicaces de sus defectos: nuestra demasiada religiosidad, si es que en esto puede haber demasía, les sirve de embarazo; no es menester mas para desacreditarnos, para infamarnos, y para exonerarnos del empleo y destino que ocupamos. Si nos creen inútiles á sus intereses ó á sus designios, nos olvidan: esa amistad que parecia tan bien fomentada, se desmiente; ya no hay para con nosotros sino indiferencia y frialdad; ni aun se quiere que tengamos esa virtud, ese mérito,

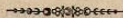
lo, esas prendas que merecian su estimacion; porque ven que no es fácil justificar una mudanza que condenan la justicia y la razon. Si nos ven desgraciados, bien presto nos olvidan, nos desconocen, y aun nos desprecian; otros objetos ocupan su corazón, otras relaciones emplean su tiempo, y un nuevo favorito reemplaza nuestro puesto. ¡Santo Dios, cuán digno de lástima es el que pone su esperanza en los hombres!

No así el verdadero cristiano que la pone en el mismo Dios. ¡Qué esperanza tan feliz la del justo! Léjos de codiciar los trozos, los menosprecia por desear una eternidad afortunada: se abre paso atravesando las nubes; se eleva sobre el universo, y va á buscar al Dios en quien espera, en el seno del mismo Dios: su confianza es tan extensa como las misericordias del Eterno. No tiene por prenda de su esperanza ni el oro, ni el crédito, ni la palabra de los hombres, sino la sangre misma de Jesucristo que corre todos los dias en nuestros altares. ¡Hombres impíos que teneis la desgracia de no ser cristianos, ó la pertinacia de dejar de serlo! hablad con sinceridad y decidnos, si todas las pretensiones que os ocupan, si todos los deseos que formais son tan extensos como la esperanza del justo. Él tiembla, es verdad, al acordarse del juez inexorable que le ha de juzgar con la memoria de sus faltas pequeñas y pecados pasados, de los que aun no puede tolerar la vista; pero sabe, y con certidumbre, que aun cuando sus pecados fuesen en mayor número que los granos de arena, el amor penitente los desharía; sabe, y sabe muy bien, que el que viene á la hora de nona recibe tanto galardón y salario como el que ha sufrido el calor del dia; sabe y le consta por la fé, que Dios no vino al mundo sino á salvar pecadores, y que hay mas alegría en el cielo por la penitencia de uno solo, que por la inocencia de noventa y nueve justos; sabe por último que cualquiera que espere en Dios, nunca perecerá, porque él es la salvacion de todos los que le invocan: que cuida hasta del buey que paece y del reptil que se arrastra, y que siempre está pronto para recibirnos y favorecernos.

Aunque el justo se halle entre el furor y rabia de la plebe amotinada; aunque esté á la presencia de un injusto tirano; aunque se vea combatido de borrascas y de vientos; en fin, aunque se abra á sus piés el abismo, no por eso dejará de esperar. ¡Ah! su esperanza es un gran tesoro, porque su esperanza no es quimérica: tiene por fiador la palabra de Dios, y por objeto al mismo Dios. Por

eso la religion no cesa de avivar nuestra esperanza, ya poniéndonos á la vista las llagas de nuestro Redentor como remedio infalible de todos nuestros males, como fuente de las mas puras aguas que saltan hasta la vida eterna, y ya franqueándonos el tribunal de la penitencia, donde excita toda nuestra confianza y amor.

Espera, alma mia, espera, dice incessantemente el justo, animado del espíritu de la fé, que no serás confundida: el Dios á quien sirves es un Dios que consueta, que bendice, que perdona, que libra de las puertas de la muerte, y que abre el santuario de la inmortalidad: es un Dios que se proporciona con tu flaqueza, que se hizo hombre para reconciliarnos con su Padre, y hacer las paces entre el cielo y la tierra; es un Dios que conoce todos sus escogidos, que los ama con ternura, y escucha sus clamores con benignidad: es un Dios que se hace víctima de propiciacion, y se da en alimento cada dia á los que quieren recibirle: es un Dios que aun ántes de conocer nosotros y sentir nuestra miseria original, nos sacó de ella purificándonos desde nuestro nacimiento; que nos amonesta y cuida en toda nuestra vida, y que viene á visitarnos el mismo cuando estamos cercanos á la muerte: es un Dios, en fin que se nos ha de comunicar sin reserva, y de un modo inefable, embriagándonos en el torrente de sus delicias. ¡Qué consuelo tan grande es esperar con certidumbre, y saber que no se camina en vano! En todo tiempo encontramos en él un fondo inagotable de bondad y de poder que jamas está sujeto ni al capricho ni al mal humor: no podemos dejar de ser dichosos, de estar contentos, miéntas estamos en su gracia. Los hombres se mudan; Dios no es capaz de mutacion: los hombres dejan de ser; Dios siempre subsiste: él es nuestro protector siempre poderoso, nuestro amigo constantemente tierno, nuestro bienhechor liberal, y nuestro Padre compasivo. El conoce nuestras necesidades, y previene nuestras súplicas. Basta solo amarle para que nos ame. ¡Qué mas! el mismo nos da ese amor: basta pues pedirselo.



Sábado de la primera semana de Cuaresma.

LA MISA de este dia empieza con estas singulares palabras del salmo LXXXVII: Señor, *haced que mi oracion llegue hasta vos: inclinad vuestros oidos á mis ruegos. Señor, mi Dios, mi salvador, yo no ceso de llamaros noche y dia en mi socorro por medio*

de mis clamores. David perseguido de Absalon, representando al Señor sus males en la oracion, es una sensible figura de Jesucristo, orando á su Padre al tiempo de su pasion; todo este salmo es una imágen profética, y al mismo tiempo una viva expresion de los sentimientos del corazon del Salvador, tan ignominiosamente tratado, y tan cruelmente perseguido por un pueblo del cual era Rey y Padre.

En la misa de este dia se leen seis lecciones, como se acostumbra hacer todos los sábados de las cuatro témporas.

La primera de las seis lecciones, destinada para la misa de este dia, está tomada del Deuteronomio, donde Dios ordena á su pueblo un diezmo particular, trienal, esto es, de tres en tres años, para el mantenimiento de los levitas ó ministros del templo, y para asistir á los extranjeros, á las viudas y á los huérfanos. Cumplida esta obligacion les prescribe Dios una especie de fórmula, por la que se obligan solemnemente delante de él á no tener jamas otro Dios ni otro Señor; y Dios tambien les dice, que los ha escogido para ser su pueblo particular, y la nacion privilegiada.

La segunda es del mismo libro, donde Dios promete á su pueblo, que si es fiel en observar el mandamiento que se ha puesto de amar al Señor su Dios, de andar por todos sus caminos, y de no apartarse jamas de sus servicios, exterminar de su presencia todas las naciones que lo sobrepujan en poder y en fuerzas; que los pondrá en posesion de sus tierras, y que despues de haberlos hecho ricos y poderosos, los hará formidables á toda la tierra. Todas estas recompensas temporales, solo eran una figura de las espirituales prometidas al pueblo de la nueva alianza, á esta nacion santa que son los cristianos.

La tercera leccion es del segundo libro de los Macabeos: contiene la oracion, que despues de la vuelta de la cautividad de Babilonia hicieron los sacerdotes á Dios con Nehemías, miéntas el sacrificio se consumia por el fuego sagrado que se habia escondido en lo hondo de un pozo ántes de la cautividad, y que se habia convertido en una agua cenagosa y crasa, la cual, habiendo sido deramada sobre la leña, y sobre la victima que se habia puesto sobre el altar, se convirtió milagrosamente en fuego, luego que el sol se descubrió y la hirió con sus rayos: miéntas este fuego milagroso consumia el sacrificio, Nehemías, Jonatás y los otros sacerdotes hacian la oracion contenida en esta tercera leccion.

La cuarta es del libro del Eclesiástico, donde el autor de este libro hace una fervorosa oración á Dios, para suplicarle que se compadezca de su pueblo afligido, esparcido, y en todas partes maltratado. Cuando el autor del libro del Eclesiástico escribía, la nación judía estaba dispersa en el Egipto, en la Siria y en todas las provincias de Oriente; y los que estaban en la Judea y en Jerusalem, estaban oprimidos por los príncipes vecinos, que los trataban con bastante dureza. Como todas las adversidades eran figura de las que un día debían afligir á los fieles, la Iglesia renueva á Dios las mismas súplicas por todos sus hijos.

La quinta, que es la última de las que se toman del Antiguo Testamento, está sacada del Profeta Daniel; y cuenta el prodigio de los tres jóvenes hebreos, que arrojados á un horno encendido, por haber sido fieles á Dios, encontraron frescura en medio del fuego y cantaron las alabanzas de Dios, que la Iglesia repite en esta lección.

En fin, la sexta, que es propiamente la Epístola de la misa de este día, es una instrucción que el apóstol San Pablo da á los cristianos de Tesalónica, en la primera carta que les escribe; y con esta ocasion á todos los fieles. Se puede decir que es un resumen de toda la moral de Jesucristo, y el compendio y la medula de la doctrina del Evangelio. *Reprended á los que os inquietan*, les dice. Habla el Apóstol de aquellos espíritus inquietos, orgullosos, turbulentos, que no saben vivir quietos, ni dejan vivir á los otros; que introducen la turbacion en las mas santas sociedades de que son el azote, gentes de partido, susceptibles de todos los errores, y que solo parecen nacidos para sembrar en todas partes la zizaña, la division y el cisma: *Soportad á los flacos y á los imperfectos*. *Animad á los que se abaten á la vista de las menores dificultades*. La caridad que debe distinguir á todos los cristianos, es paciente, compasiva, todo lo soporta, no es aceptadora de personas, no es vengativa ni rencillosa. No os dejéis vencer del mal, mas procurad vencer el mal que os hicieren, por el bien que hagais á los otros. No persigais las injurias, sino con beneficios. El gozo espiritual es fruto del Espíritu Santo; y Dios no quiere que los que le sirven sean adustos y melancólicos. En cualquier estado que os encontréis, ya sea en la pobreza, ya en la adversidad, ya en la miseria, recibidlo todo como venido de su mano; dadle las gracias por todo. Levantad sin cesar vuestro corazón á Dios; hacedlo todo por su gloria; adorad su Providencia en todo lo que os sucede; agradecedle, así las adversidades como

las prosperidades; pues todas las cosas se dirigen al bien de los que le aman. Un gran motivo para alegrarnos y dar gracias á Dios, es, que todo lo que sucede, sucede por voluntad de Dios en Jesucristo, con cuya imágen debemos conformarnos. No apagéis la luz del Espíritu Santo en vosotros por el pecado; no sofoquéis sus inspiraciones resistiendo á la gracia; y cuidado con arrojar las instrucciones de los que os hablan de parte de Dios, bajo el pretexto que hay entre vosotros falsos profetas. Examinad todas las cosas, y tomad lo que hay en ellas de bueno: no os dejéis prevenir de falsas preocupaciones. San Cirilo, explicando este pasage, dice: Sed como los buenos caminantes: no os dejéis engañar de un falso brillo, de un exterior engañoso: arrojad todo lo que hay de falso sello, y no retingais sino lo que es bueno y de peso. No basta ser inocentes á los ojos de Dios; es menester evitar hasta la apariencia, hasta la sombra del mal, para no escandalizar á nadie: á todos debemos dar buen ejemplo; esta obligacion no es la menor de nuestras obligaciones.

El Evangelio es del capítulo XVII de San Mateo, donde nos demuestra la Trasfiguracion de Jesucristo en el monte Tabor. Habia poco tiempo que instruyendo el Salvador á sus discípulos sobre los principales misterios de la religion, les habia hecho una pintura bastante viva de las humillaciones, y de las ignominias de su pasion, y de los trabajos y humillaciones que ellos mismos tendrian que sufrir. Estas imágenes tristes eran muy á propósito para aterrar á unos hombres, todavía materiales é imperfectos. Sin duda para sostener su fé todavía débil, y para avivar su aliento todavía tímido, les dijo el Salvador, que algunos de los que se hallaban allí, no morirían, hasta que hubiesen visto al Hijo de Dios en su gloria. En efecto, despues de seis dias, escogió Jesus tres de sus Apóstoles, Pedro, Jacobo y Juan, y los llevó consigo á la cima de un alto monte. Como no queria que este misterio fuese conocido y hecho público ántes de su resurreccion, no llevó consigo sino un corto número de personas. Toma tres de sus discípulos: este era el número mas completo que pedia la ley para hacer un testimonio digno de toda fé. Escogió para testigos de su gloria á aquellos que bien presto lo habian de ser de su agonía, para enseñarnos que si queremos tener parte en su gloria, hemos de tenerla en sus trabajos y humillaciones. Habiendo llegado á la cima del monte, se retiró un poco á solas, y se puso en oracion. Entónces se transfiguró, esto es, se dejó ver en el resplandor de su gloria, no ya bajo el aspecto de un sim-

ple hombre, sino como un Hombre Dios. El resplandor de su divinidad y la gloria de su alma bienaventurada parecieron visiblemente en su cuerpo por algunos rayos de aquella luz admirable, que hasta entonces había tenido escondido en su origen. Su rostro apareció luminoso como el sol; sus vestidos, blancos como la nieve, no se convirtieron esencialmente, ni se mudaron, dice San Gerónimo, solo recibieron un brillo resplandeciente de aquella viva luz que resultaba de todo su cuerpo. Se puede decir en cierto sentido, que la vida común de nuestro Salvador y su bajeza exterior eran propiamente una verdadera transfiguración; pues parecía en un estado ageno de su naturaleza, al paso que la gloria de su transfiguración era su estado natural, y era menester un milagro continuado, para hacer que su gloria y su magestad no resaltasen, y se dejasen ver en su rostro; mas no era menester sino suspender el milagro, para mostrarse tal como se dejó ver entónces. Su cuerpo estaba como una nube al redor del sol. Naturalmente debía estar todo brillante por la luz que tenía encerrada y como envuelta. En este estado de magestad no quiso Jesus parecer solo. Moises y Elías parecieron á sus lados hablando con él. Quiso Jesucristo que el legislador mismo y uno de los mas ilustres Profetas diesen á los Apóstoles testimonios de que era él á quien convenia todo lo que la ley y los profetas habian figurado ó predicho del Mesias. Ved aquí una señal del cielo, dice S. Gerónimo, cual los fariseos le habian pedido algunos dias ántes; mas de que no merecian ser testigos. Elías, dicen los padres, estaba todavía en vida, y pareció con su cuerpo natural. Moises resucitó para este caso, y despues se volvió á dormir en el Señor. La materia de la conversacion de Jesucristo con Moises y Elías era de los suplicios y de la muerte que Jesucristo habia de padecer en Jerusalem. Los apóstoles fueron asaltados de un dulce espanto, causado por la admiración y el gozo que les inspiraba la vista de este prodigio. Entónces San Pedro, arrebatado todo de amor, y abandonándose al gozo de que saltaba, en una especie de éxtasis exclamó: ¡Ah Señor, qué bueno es esto! ¡Quereis qué fijemos aquí nuestra morada? En ninguna parte podremos estar mejor: permitid que no salgamos de aquí; levantaremos tres tabernáculos ó tiendas, una para vos, otra para Moises y otra para Elías. San Pedro no consulta aquí sino á su buen corazon, y se deja arrebatado de su vivacidad ordinaria, y del ardor de su devoción. Aun no habia acabado de hablar, cuando una nube resplandeciente los envol-

vió y al mismo tiempo salió de la nube una voz, que decia: *Este es mi amado Hijo, en quien yo encuentro y tengo todas mis complacencias: oidle como á vuestro maestro, obedecedle como á vuestro rey.* Esta voz no se oyó sino despues que Moises y Elías hubieron desaparecido: para que estando solo Jesucristo, dice S. Crisóstomo, no se pudiera dudar que se dirigia á él. El resplandor de esta nube y el sonido de esta voz, hicieron tal impresion en los apóstoles, que llenos de temor cayeron en tierra boca abajo, y al mismo instante toda esta gloria se desvaneció. Acercándose entónces Jesucristo, les dijo: *Levantaos, no tengais miedo.* Comenzaron al punto á levantar los ojos, y viéndolo solo, se aseguraron y se serenaron. Querian ir á contar á los otros apóstoles lo que acababa de suceder; pero Jesus les mandó al bajar del monte, que no lo dijesen á nadie hasta despues de su resurrección.

La Epístola es del capítulo V de la primera del apóstol S. Pablo á los tesalonicenses.

Hermanos: Os rogamos que corrijais á los inquietos, que consolais á los pusilánimes, que soportéis á los flacos, que seáis sufridos con todos. Mirad que ninguno vuelva á otro mal por mal; sino tratad de hacer siempre bien unos á otros, y á todo el mundo. Vivid siempre alegres: orad sin intermision. Dad gracias por todo al Señor, porque esto es lo que quiere Dios que hagais todos en Jesucristo. No apagueis el Espíritu de Dios. No desprecieis las profecías. Examinad, si, todas las cosas; y ateneos á lo bueno. Apartaos de toda apariencia de mal. Y el Dios de la paz os haga santos en todo, á fin de que vuestro espíritu entero, con alma y cuerpo, se conserven sin culpa para cuando venga nuestro Señor Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XVII de S. Mateo.

En aquel tiempo: Tomó Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano; y subiendo con ellos solos á un alto monte, se transfiguró en su presencia; de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Y al mismo tiempo les aparecieron Moises y Elías conversando con él. Entónces Pedro tomando la palabra, dijo á Jesus: Señor, bueno es estarnos aquí: si te parece, formemos aquí tres pabellones, uno para tí, otro para Moises, y otro para Elías. Todavía estaba Pedro hablando, cuando una nube resplandeciente vino á cubrirlos; y al mismo instante resonó desde la nube una voz que decia: Este es mi querido

Hijo, en quien tengo todas mis complacencias. A él habeis de escuchar. A cuya voz los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra, y quedaron poseídos de un grande espanto. Mas Jesus se llegó á ellos, los tocó, y les dijo: Levantaos, y no tengais miedo; y alzando los ojos, no vieron á nadie sino á solo Jesus. Y al bajar del monte les puso Jesus precepto, diciendo: No digais á nadie lo que habeis visto, hasta tanto que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos.

MEDITACION.

Sobre la imitacion de Cristo.

Considera que la Transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo es como una norma ó regla de la que debe verificarse en nosotros, pasando del estado de la culpa en que hemos sido concebidos, y tal vez de nuestros pecados personales, á un estado de gracia y santificacion mediante nuestra conversion á Dios y el aprovechamiento en la virtud. Aquel estado glorioso en que vemos á Jesucristo en lo alto del monte Tabor, nos denota bastante la santidad á que debemos aspirar, subiendo al monte de la perfeccion; pues así como el Señor resplandeció ante sus apóstoles habiendo que brillara su rostro como el sol, y que sus vestidos apareciesen blancos como la nieve, así nuestras almas deben aparecer ante Dios con la blancura de la inocencia y de la pureza, y con el resplandor de la gracia y de las virtudes, que debemos á la bondad del mismo Dios y Señor Nuestro. Mas este estado de gracia y santidad, que podemos bien llamar un estado de gloria en la tierra, no es incompatible con la humillacion y los rigores de la penitencia. Tal se nos denota en el mismo pasaje; pues vemos que al mismo tiempo que el Salvador da á sus discípulos esta muestra de su gloria, habla de su pasion amarguísima con Moises y Elías; haciéndonos conocer que un estado de tanta felicidad no puede sostenerse en la tierra sino entre los rigores de la penitencia.

Considera que así como vemos en este paso que Moises y Elías dan testimonio de la divinidad de Jesucristo, así tambien debemos conocer que deben darla de la calidad de nuestra virtud, no precisamente las personas del legislador y del profeta, sino lo que en ellas se connotaba y figuraba, esto es, la ley y los profetas. Según esta inteligencia, la ley y los profetas aparecieron en el Tabor dan-

do testimonio al evangelio, quiere decir, certificando á los apóstoles de que el evangelio que les anunciaba el Salvador era muy conforme con la ley dada por el mismo Dios, y con los anuncios de los profetas que lo predijeron de parte de Dios á los hombres. Así, pues, podemos considerar que nuestra virtud debe ser tal que merezca este testimonio favorable de la ley y de los profetas: de la ley, en cuanto se halle radicada y fundada sobre la exacta observancia de los mandamientos de Dios; y de los profetas, en cuanto á que sea tal que corresponda bien al retrato del justo que nos formaron, ya con las correcciones de los vicios y defectos, y ya con el anuncio de las sublimes virtudes que predijeron habian de poseer los verdaderos discípulos de Cristo, como imágenes fieles que debian ser del Santo de los santos que con ojo profético vieron humanado en la tierra y conversando entre los hombres, y que nosotros tenemos la felicidad de mirar como gran tipo y ejemplar divino de las virtudes que deben adornarnos.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Y cómo podemos, ó Salvador divino, dejar de contemplar vuestras virtudes, para copiarlas, en cuanto nos sea dado, con el auxilio de vuestra gracia? ¿Cómo podremos desentendernos de imitar vuestra inocencia, vuestra pureza, vuestra caridad y el amor ardiente con que os abrazasteis con la cruz y los trabajos? ¿Por ventura pudieron vuestros apóstoles dejar de predicar lo que vieron y oyeron de vos mismo? Pues tampoco nosotros podemos prescindir de imitar las virtudes de que nos disteis ejemplo: ellas serán mi estudio y el objeto á que viva consagrado, pidiéndoos que vos mismo rijais la mano que debe formar vuestra copia.

JACULATORIA.

Yo obraré según el ejemplar que se me ha mostrado en el Tabor.

LECCION.

Sobre el modo de ser dichosos.

¿Cuántos hay en este mundo que creyéndose en el verdaderamente dichosos, dicen: *Bueno es estarnos aquí!* Aunque estas palabras parece deberian tener un solo y simple objeto, con todo, al modo de un cristal de muchas caras se multiplican en otras tantas felicidades terrenas, como gustos hay en los hombres. El avaro no

conoce otro modo de estar ó ser dichoso, sino el de amontonar más y mas dinero: el pródigo solo estima por feliz al que disipa su caudal: el ambicioso solo considera afortunado al que logra uno y otro empleo; y el amante solo tiene por venturoso al que se aprisiona y esclaviza de una muger. Según esto, podría decirse que la felicidad no es mas que una cosa puramente arbitraria, y que solo existe en nuestra imaginacion ó fantasia.

Es verdad que nuestro modo de ver las cosas contribuye mucho para hacernos dichosos; pero sin depender de nuestro conocimiento hay una dicha real, que trayendo su origen del bien eterno, inimitable é infinito, no depende de las inclinaciones de los hombres. Por mas que nos estraviemos, todo nos llama á este bien; y á pesar de nuestras diversiones, fiestas y espectáculos, riquezas y honores, todos conocemos, ó al ménos sentimos interiormente que hay otra felicidad ademas de estas complacencias frívolas, supuesto que ellas nunca satisfacen nuestros deseos. Esto nos confirma en el conocimiento de la Divinidad, esto es, de un solo Ser que tiene en sí mismo bienes con que contentar á una alma inmortal, como lo experimentó San Pedro, aunque de paso, allá en el Tabor, al ver á Jesu-eristo transfigurado.

A pesar de nuestra disipacion y desórdenes, no deja Jesu-eristo cada dia de ofrecer á nuestros ojos un rayo de su hermosura eterna, que veriamos mas clara que el sol, si nos paráramos á reflexionar. El enojo que nos consume, los disgustos que nos agobian, las contradicciones que nos impacientan, y los deseos que continuamente se atropellan, no son ni efecto de un hado fatal, ni de la inconstancia, sino prudentes disposiciones de la justa y sábia Providencia. Esta es la que con su mano bondadosa nos mueve entónces para desasirnos de todos nuestros placeres; esta es la que nos habla para despertarnos de nuestras falsas alegrías y llevamos á Dios. Ella sabe nuestro genio, nuestro temperamento, y nuestras inclinaciones; y cuando halla ocasion de derramar una amargura saludable, nos hace dura é insufrible esta vida, y nos dá á conocer que debemos desear otra: ella en fin, es la que dá á nuestra razon aquella gracia particular sin la cual no llega á resistir á nuestras pasiones y locuras.

Todos nuestros dias é instantes serian una sucesion ó cadena de reflexiones, si ménos disipados meditáramos las verdades santas del Evangelio. Cualquiera acacimiento nos abriria una dilatada carrera, donde veria nuestra alma la luz indefectible; y aprenderiamos

á despojar á las riquezas y á los honores del falso esplendor con que se vistien. Es necesario entender, aunque no queramos, que nosotros estamos en un mundo, donde nuestras pasiones y sentidos han puesto un baño ó sobredorado que nos le hace desconocido: lo que no es mas que un espartajo, se nos presenta con el aspecto mas engañoso y lisonjero: lo que nos punza, parece que nos acaricia; y lo que nos abate, parece que nos exalta. De aquí nace aquella frenética impetuosidad con que nos avanzamos á los objetos mas peligrosos: de aquí resulta aquella infeliz sordera y ceguedad, que nos impide oír á nuestra conciencia y conocernos.

Al formar Dios al hombre le inspiró el deseo de ser dichoso, y lo proveyó, como tambien á todos nosotros, de los medios convenientes para llegar á serlo. Estos medios que la mayor parte de las gentes creen muy difíciles y alejados, se hallan cerca de nosotros y dentro de nosotros mismos; de modo que podemos calcular y valuar todos los bienes que conocemos. ¿Mas qué nos dá por resultado el análisis de las fortunas y grandezas, que cada uno codicia como verdadero bien? Despues de haber puesto á un lado los peligros, las flaquezas, las preocupaciones é ilusiones fantásticas que van en su comitiva, y por último, su vanidad, su esclavitud, su fragilidad, no se hallará, separado todo esto, sino un vapor que se disipa conforme se levanta. El nacimiento, la reputacion y aun la sabiduría terrena, puestos en el crisol de la verdad, se derriten al instante, y no dejan ni aun señal de su esplendor. Si todos nos aplicáramos á este análisis, sin duda percibiriamos que el universo no contiene en sí mismo caudal bastante para contentar una alma mas grande que todo lo terreno.

¡Cuántos recursos no nos ha dado la santa y divina Providencia dentro de nosotros mismos, contra las pesadumbres y adversidades, cuando sabemos fondearnos y advertir nuestras ventajas! Entónces el que goza de una perfecta salud, contempla al que está oprimido de males; y hélo aquí dichoso: entónces el que vive en libertad, dá una mirada á los que están en cárceles y calabozos; y vele aquí feliz en su estado, y contento con su suerte. Hay horas de gozo y consolacion para todos los hombres, y tambien horas de pena y pesar; unas y otras casi se equilibran. Es verdad que al pobre falta todo; pero muchas veces piensa mejor que el rico que todo lo tiene: el enfermo padece en su cuerpo; pero al traves de su afixion su alma vé otra vida que espera, y en ella la cercana consolacion que no

tiene el hombre en sana salud. Se miran el humilde artesano é industrioso labrador poco atendidos; pero ellos se conocen superiores á muchos grandes por la elevacion de sus pensamientos. Todos, en suma, tenemos un manantial de esperanzas, que forman acá en la tierra una parte de nuestra dicha.

Si dedujéramos las ideas de felicidad de las reflexiones que la Religion nos sugiere, nos hallaríamos infaliblemente felices: diríamos á todo lo que nos sucediera: Esto es una nube que pasa y un sueño que finaliza. Pero somos realmente desgraciados porque queremos serlo. Para ser felices era preciso evitar pleitos, negocios, caprichos; y no los evitamos: era preciso privarse de todos los placeres sensuales que no causan sino remordimientos; y no nos privamos de ellos: era preciso huir del mundo; y nosotros no queremos estar sino en medio de él: era preciso practicar la virtud y amar á Dios; y nosotros no hacemos ni lo uno ni lo otro: era preciso vivir ordenadamente léjos de las diversiones, espectáculos y concurrencias; y nosotros vivimos entregados al tumulto estrepitoso del mundo: era preciso escuchar el Evangelio y seguir sus consejos; y nosotros apenas sabemos que los hay: era preciso no estimar las modas, las vanidades y las mentiras; y nosotros las acariciamos: era preciso poner los ojos en los infelices que padecen hambre y desnudez, y se consumen en la miseria, para tener el placer de remediar sus necesidades; y nosotros no atendemos sino á los ricos, á sus placeres y sensualidades: era preciso, por último, ser pacientes y armarnos de valor; mas nosotros al menor mal que nos combate, desfallecemos. La paciencia es un don del cielo, y con ella bien podemos ser dichosos cuanto es dable en esta vida. Poseyendo esta virtud sí podremos decir: *Señor, bueno es estaros aquí.*

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Domingo segundo de Cuaresma.—La Transfiguracion del Señor en el monte Tabor.—*San Mateo, cap. XVII.*

Lunes de la segunda semana de Cuaresma.—Daniel pide al Señor aparte su tra de Jerusalem y de su monte santo.—*Daniel, cap. IX.*

Martes de la segunda semana de Cuaresma.—Sinagoga de los judios.

Miércoles de la segunda semana de Cuaresma.—La madre de los hijos del Zebedeo pide á Jesus que uno de ellos sea sentado á su derecha y el otro á su izquierda, en su reino.—*San Mateo, cap. XX.*